

Opinión sobre un premio:

TEOREMA

de Pier Paolo Pasolini

Al día siguiente del Festival de Venecia, todos los periódicos de Italia hablaban ya de la famosa controversia que suscitó el premio de la O.C.I.C., concedido al film de Pier Paolo Pasolini "Teorema". Esta reacción fue enormemente interesante y, sobre todo, quizá más para mí, que presidía dicho jurado. Por todas partes causó una gran sorpresa, tanto en los católicos como en los no-católicos. Estos últimos (me refiero sobre todo a gente del cine, a críticos conocidos) testimoniaban su admiración, puesto que solamente el jurado de la O.C.I.C. se había atrevido a premiar a Pasolini, el personaje más debatido en un Festival en el que la controversia, las contiendas, las "vendettas", las ambiciones personales y las contradicciones fueron el orden del día (pero todo ello nos proporciona una historia tan compleja que sobrepasaría de entrada este informe). En el caso de los católicos, la opinión se diversificó: unos estaban encantados, otros perplejos, decepcionados y, algunos, llenos de curiosidad. Uno parecía sumergirse una vez más en ese clima que se crea cuando se plantean algunas cuestiones religiosas o morales que dividen a los católicos en grupos enfrentados de tendencias opuestas. ¿Debe introducirse el católico en el mundo aceptando los riesgos que el pluralismo presenta, aceptando también el reencarnar en cierta medida su fe en un contexto evolucionado, el adaptar la formulación de esta fe a la sensibilidad del hombre de hoy, con el fin de encontrarle y colaborar con él en la creación de un mundo perpetuamente renovado? O, por el contrario, ¿debe huir de este género de contactos, debe esconderse tras las barricadas de una fe establecida y formulada desde siempre y de un "modus vivendi" regido sin posibilidad de fallo en sus detalles más mínimos, defendiéndose con la autarquía de forma sólida e integral?

En cualquier caso, el Episcopado italiano (por medio de su oficina cinematográfica) tomó postura contra el film. "L'Osservatore Romano" también, por supuesto. Y el Estado Italiano sequestró el film por razones de obscenidad —es éste el mismo criterio judicial, tengámoslo en cuenta, que, sin embargo, no se inquieta demasiado por la exhibición de toda esta serie de clásicos del cine italiano comercial como "Mondo Nudo" y "Sexy Prohibitissimo" (1).

Que la opinión de los católicos haya sido diversa es perfectamente comprensible dada la naturaleza del film de Pasolini. Y, sobre todo, no puedo más que admirar —sin estar de acuerdo con él— la actitud honesta y franca de Joan Rochereau, crí-

tico cinematográfico del periódico "La Croix", quien, junto con otro miembro de nuestro jurado (del que formaba parte) se creyó obligado a no solidarizarse públicamente con la mayoría del jurado en la concesión del premio. ¿Cómo se ha podido conceder el premio de la O.C.I.C. —que suele premiar al film que mejor logre unir la calidad artística de la obra con una visión del mundo impregnada de cualidades humanas y religiosas (en el sentido más amplio y profundo de estos términos)— a una película como "Teorema".

Efectivamente, el film está impregnado de ambigüedades, de ambivalencia. Incluso podría hablarse de equívoco. La historia roza lo escabroso y lo ridículo: un joven visita a una familia de la alta burguesía italiana. Toda la familia —el papá, la mamá, la jovencita y el muchacho— y la criada además, se enamora locamente de él. Después de ciertos contactos sexuales con cada uno de estos personajes, el joven tiene que marcharse al recibir una misteriosa llamada, dejando tras él una familia trastornada, un hogar aniquilado. La criada se vuelve a su pueblo, congelada en una especie de éxtasis inmóvil, venerada como una santa por los campesinos después de ciertos fenómenos de ingravidez y de curas milagrosas; la joven queda paralizada e ingresa en un hospital, el muchacho huye de la casa, haciéndose artista, y termina medio loco; la mamá, tras algunas experiencias sexuales degradantes con jóvenes de paso, considera la posibilidad del suicidio, pero, en lugar de realizarlo, entra en una iglesia; y el papá regala su fábrica a sus obreros, despojándose de todo. Literalmente desnudo, recorre el desierto gritando su agonía, su desesperación quizá.

¡He aquí un tema! Todo ese clima confuso y ambiguo, todas estas alusiones ambivalentes, todo este pesado ambiente sexual, incluso, una cierta sensibilidad homosexual, contribuyen a que el film sea enormemente dudoso. Se acusa a Pasolini de blasfemo, de ridículo, etc. Y, además, el film ha estado dirigido por un cineasta en extremo controvertido, un miembro del Partido Comunista.

Tendríamos que añadir algunas matizaciones si queremos hacer verdaderamente justicia a la postura de los adversarios del film, cosa que admito con mucho gusto. Es necesario decir que algunos aspectos del film se prestan a interpretaciones que van en dirección opuesta al criterio que debería regir en la elección del premio de la O.C.I.C.. Pero aun admitido esto, los cinco miembros del jurado (al principio votaron a "Teorema" sólo cuatro miembros y después fue aceptada esta decisión con entusiasmo por parte del quinto) pensaron que se trataba en realidad de un film de gran valor humano e incluso religioso.

Todos estuvieron de acuerdo en cuanto a la gran calidad artística de la obra. Nunca había llegado Pasolini a tanta maestría, a una tal simplicidad de estilo. La belleza de las imágenes, los encuadres, los colores, el dominio del tiempo, el montaje perfectamente controlado, el juego de los actores, etc., dan al film una intensidad poética que hace desaparecer toda posibi-

lidad de ridículo o de menosprecio. Nos encontramos ante un cineasta que ha llegado a la innegable maestría de su arte, de un estilo particular y personal, matemático, intelectual, desnudo, calculado; el arte, si se quiere, del teorema; pero el arte también de la poesía, donde la belleza, la intensidad y la sensualidad son los reyes.

Y todo esto es, en mi opinión, de capital importancia para la comprensión del film. Pues se trata de un poema, de una especie de parábola sobre la condición humana. Los aspectos sexuales, la cualidad sensual de la obra se trasponen inmediatamente a un nivel de depuración estética, un nivel que bien podríamos calificar de espiritual. No se trata en absoluto de esa patética y despreciable cuasi pornografía de la piel y del sexo que son actualmente marcas características de nuestro cine contemporáneo, de nuestra publicidad, en una palabra, de nuestra civilización burguesa (para emplear un tema que es una de las preocupaciones esenciales de Pasolini). Todo lo que pudiera haber sido escabroso resulta poético y misterioso; y la obsesión maldita de nuestra época deviene una llamada irresistible a otra cosa. Uno de los grandes méritos de Pasolini es precisamente el haber superado un nivel superficial de la sexualidad y haber llegado a aspectos profundos y misteriosos de la condición humana: la fuerza sexual en sí misma constituye una llamada a otra cosa.

Después de estas experiencias, después de este contacto con el muchacho (uno piensa en el personaje de Ondina, ¿dónde está lo Divino, o dónde Eros?, todo es posible; pero quizá no sea eso lo más importante), los personajes reconocen ellos mismos las fuerzas que les sobrepasan. Una visión quizá de su propio estado de pecadores (para utilizar nuestro lenguaje teológico) y, ciertamente, de su necesidad desesperada de otra cosa que extralimite su propio pequeño mundo, agotada la suficiencia de su bonito confort, de las comodidades, de la pequeña vida social, de todo ese standing de vida que es el ideal del mundo burgués y que añora los vuelos del espíritu.

En la segunda parte del film, Pasolini continúa sus tentativas de dar respuesta a estas necesidades, de huída de esta visión abrumadora: la locura, el arte, las experiencias "místicas", la casi desesperación en el desierto. El aspecto religioso es enormemente fuerte: citas extraídas textualmente de la Biblia, imágenes bíblicas, etc. —y todavía más para quienes conocen ya la mitología de Pasolini—. Pero la ambivalencia existe, el misterio permanece siempre ahí y las interpretaciones arreligiosas e incluso contradictorias podrían ser válidas. Como en la realidad. Hay incluso quienes pretenden que se trata de un blasfemo, pero creo que exageran.

Para los miembros del jurado de la O.C.I.C. uno de los grandes valores del film de Pasolini reside en su sinceridad e intensidad desgarradoras. Que un cineasta se ponga al descubierto de esta forma, que prosiga con su búsqueda hasta el final, sus convicciones hasta interrogarse (¡y con cuánto ardor!) sobre la condición humana, es en sí algo admirable. Pero todavía hay algo más: en un festival en el que casi todos los films están sujetos por un lado a una especie de onirismo personal, a una explosión de experimentos esteticistas y técnicos; y por el otro, más comprometido, por supuesto, a una contienda confusa y a veces terriblemente estéril, en la que solamente se tratan las dimensiones sociales y psicológicas, y donde toda posibilidad de "salvación" se limita a estas dimensiones —y en todo ello, evidentemente, pueden existir cosas maravillosas—, "Teorema" es un film aparte. Todo en la obra de Pasolini es una búsqueda del absoluto. A través de toda la ambigüedad, de todo el equívoco, se siente la presencia y la necesidad de algo distinto. Nos sumergimos en el misterio de la trascendencia. Y este sentido fundamental es el que hace que el film de Pasolini sea profundamente religioso. Lo maravilloso es que fue el único film verdaderamente religioso que concursó en Venecia y el más bello, el más brillante estética-

mente. El gran film del Festival. Y es por ello —o digamos mejor que esto representa sus convicciones, sus juicios personales (lo cual es ciertamente distinto)— por lo que los cinco miembros del jurado de la O.C.I.C. votaron en favor de "Teorema". Claro que la ambivalencia de la obra se presta incluso a interpretaciones que han chocado a muchos. Esta cuestión de la ambivalencia, reconozcámoslo, es muy compleja. ¿Puede, de hecho, la experiencia cristiana reducirse a una formulación puramente unívoca? ¿No supondría empobrecer toda esta experiencia misteriosa de Cristo y de su acción sobre los hombres? Entonces, ¿cómo exigirselo al arte, donde reina el símbolo, que por su naturaleza misma es todo excepto unívoco? Sea lo que sea, lo esencial de "Teorema" remite al hombre a la exigencia de lo absoluto, es un rechazo del aburguesamiento (en el sentido peyorativo del término), que está alienando al hombre moderno respecto a las fuentes de la vida.

Aún persiste el problema, planteado por varios amigos no católicos y por muchos católicos también: "Pero ¿cómo puede usted decir a todos sus feligreses que vayan a ver este film con la familia para que luego se escandalicen?" Para ellos, como para muchos críticos, bastaría con que una película tratara de un niño o de un perro para que "ipso facto" fuera premiada por la O.C.I.C. El premio de la O.C.I.C. no debe molestar en absoluto a nadie, no debe plantear problemas, no debe explorar en la angustia contemporánea: buenos sentimientos, todo es hermoso, etc. Degradadamente, ésta fue la caricaturesca actitud de muchas personas con relación a la actitud del católico oficial ante el cine. Pues bien, precisemos: los cinco miembros del jurado de la O.C.I.C. que premiaron a "Teorema" no consideraron que esta obra fuera adecuada para todo tipo de auditorios. Ni para los niños, por supuesto, ni tampoco para el gran público, en general, que se vería completamente desorientado por la ambigüedad del film y por la simbología osada y personal del Pasolini. No se trataba de una promoción oficial de la obra por parte de la O.C.I.C., lo cual sería otra cuestión. Esta promoción ha ayudado ya a muchos buenos films a sobrevivir; y su función de alentar e introducir al público en general con relación a las películas de valor, es una labor digna de respeto y felicitación. Hubo en el Festival, por lo menos, tres films de calidad que se prestarían admirablemente a esta empresa: "L'enfance nue", "Le journal d'une schizophrene" y "La ballade pour un chien".

Con "Teorema" se trata más bien de otra cosa. Que el mundo sepa que los cristianos están verdaderamente abiertos al mundo y que pueden sentir admiración ante la sinceridad, la belleza y la profundidad de una obra como la que estamos aquí tratando. Que el mundo sepa también que el cristiano puede tener un conocimiento, un respeto y un amor apasionado por el cine y las exigencias artísticas. El premio de la O.C.I.C. se ha debatido y discutido dentro de tal espíritu. Si alguien se equivoca en relación con la naturaleza de este premio, si piensa que se trata de hacer una promoción general, conviene aclarar ahora las cosas. Habrá más matizaciones que irán surgiendo, por supuesto, sobre este asunto. Y esperamos que nazca un verdadero diálogo sincero de la polémica que se suscitó y que aún dura en Italia —y quizá se extienda más allá—. Un diálogo que habrá de enriquecernos a todos.

(1) Posteriormente se levantó el secuestro.

MARC GERVAIS

Presidente del Jurado de la Oficina Católica Internacional de Cine (O. C. I. C.), en el Festival de Venecia, 1968, y profesor de Cine en el Universidad de Montreal (Canadá).

(Tomado de Cuadernos para el Diálogo, enero-febrero 1969.)